

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 1 - Número 2 - Agosto 2020

CUENTOS:

«El deseo de Yu Yeong Ju»

Juan Ignacio Colil

«De la Luz»

Pablo Rumel Espinoza

«Tres minutos treinta»

Yuri Soria-Galvarro

RESEÑAS:

El reparto del olvido

Atentado Celestial

El perseguidor de la luz

CÓMIC:

LA ÚLTIMA DE SAM

Pepe Gai



EXTRAS:

Fifí y la trufa Chilena. Cuento clásico de Orson Welles traducido por Bartolomé Leal.

La Sangre y la muerte. Artículo de Gonzalo Hernández sobre la obra de Rubem Fonseca.



03 / CUENTO

EL DESEO DE YU YEONG JU

Juan Ignacio Colil

05 / RESEÑA

EL REPARTO DEL OLVIDO

Por Julia Guzmán Watine

06 / CUENTO

DE LA LUZ

Pablo Rumel Espinoza

09 / CÓMIC

LA ÚLTIMA DE SAM

Pepe Gai

11 / RESEÑA

ATENTADO CELESTIAL

Por Biblioteca de Chileña

12 / CUENTO

TRES MINUTOS TREINTA

Yuri Soria-Galvarro

14 / RESEÑA

EL PERSEGUIDOR DE LA LUZ

Por Redacción El Ajiador

15 / CLÁSICO

FIFÍ Y LA TRUFA CHILENA

Orson Welles

18 / ARTÍCULO

LA SANGRE Y LA MUERTE

Gonzalo Hernández S.

EDITORIAL

Las revistas, un nicho para el cuento

Este número 2 de **Trazas Negras** trae como el anterior, cuentos, reseñas y un cómic. Los autores son Yuri Soria-Galvarro, Pablo Rumel, Juan Ignacio Colil, Julia Guzmán Watine y José Gai (un homenaje a nuestro querido colega fallecido). Además incluye un estudio inédito sobre el autor brasileño Rubem Fonseca, gloria del *noir* iberoamericano quien también se fue este año, cuya obra esencial es revisada por Gonzalo Hernández. Un clásico sorpresa aparece fantasmalmente en este número.

Unas palabras acerca del cuento de género. Hemos transmitido con la idea de que el lugar natural para el cuento es la revista. La revista periódica, si prende entre los lectores, es seguida por el atractivo de sus contenidos y a menudo por sus hechuras. El cuento es un género delicado que solo se deja apreciar en la lectura de un tirón, sin las interrupciones a que obliga la novela. Pero además se hace analizar y juzgar por comparación a lo que son sus pares en el género. Como lo son otros cuentos & cuentistas que se expresan en la misma línea.

Nada contra los libros de cuentos, pero muchos autores y autoras incipientes creen que el camino es escribir cuentos y publicarlos, a menudo sin pena ni gloria. Los lectores de cuentos sospechan que en tales libros habrá alturas y abismos, que no habrá continuidad de sensibilidades y tampoco de calidades. Más encima, para rematarla, los editores se resisten a publicar libros de cuentos, a menos que sean de autores consagrados que se venden por sí solos. Los autores incipientes deben pasar por el purgatorio de la autoedición, si pueden pagarlo. O perseguir becas y soportar luego la vergüenza de aparecer en la prensa como rechazados por inamibles evaluadores.

Grandes autores han hecho sus carreras produciéndose en la novela (corta y larga), y en el cuento a través de revistas. Así lo hicieron Chesterton, Dashiell Hammett, Chandler, Chester Himes, Simenon, Agatha Christie, Sara Paretsky, van de Wetering, Scerbanenco, Vázquez Montalbán, Ray Bradbury, Ballard y mejor parar, porque la lista es enorme. Hoy en día es un placer leerlos en libros, pero pasaron mucho tiempo salpicando sus cuentos aquí y allá.

Qué bueno que estamos aquí con **Trazas Negras**, digo yo. Un espacio para que no dejemos que nuestros cuentos se pierdan, sea en los cajones, en libros desamparados, en discos duros que se reblanecen, en borradores que van a parar al reciclaje...

Bartolomé Leal
Director

El deseo de Yu Yeong Ju

Juan Ignacio Colil

Vi un aviso que convocaba a un concurso de relatos cuyo tema era los viajes en el tiempo. Se llamaba: «Relatos desde otro tiempo: ayer y hoy», y aunque el nombre lo encontré horrible me sedujo el premio. Consistía en dos millones de pesos más la publicación de los cuentos ganadores en edición bilingüe. El concurso lo organizaba un centro de estudios que se llamaba «Lem». Jamás había escuchado sobre el mentado «Centro de Estudios», pero hay tantas cosas que uno desconoce. Santiago es una ciudad muy grande y hay de todo lo que uno quiera encontrar. Yo nunca había escrito algo similar, pero necesitaba dinero. En ese tiempo lo único que estaba haciendo era manejar mi auto como Uber y las cosas no iban bien, por el contrario todo parecía marchar al despeñadero. Lo único que tenía eran decepciones y deudas. Buscar un trabajo estable era imposible, nadie me contrataba, de solo ver mis canas, la gente ponía cara de «pobre de ti» o de «menos mal que no estoy en tu pellejo».

Si bien es cierto había escrito algunas obras que autoedité y vendí; más bien regalé entre amigos y conocidos; estaba muy lejos de ser un escritor de verdad, lo que era un punto a mi favor porque el concurso era para autores sin obra publicada por editoriales establecidas. A mi edad llego tarde a todas partes, a todas las citas y a todas las invitaciones. No sirve de nada explicar mi vasta y variada experiencia laboral. La gente ya no se conmueve con historias de vida.

Tenía dos meses para cumplir la meta, que era escribir un cuento de cinco carillas. Siempre he sido bueno para actuar bajo presión. Desde chico que soy así, en la escuela no me importaba que me gritaran y cuando estuve con los milicos no me costó adaptarme a sus normas y cumplir con lo que tenía que hacer, a la hora que fuera. Si tenía que estar de guardia, lo hacía sin alegar. Noche tras noche en ese lugar. No importaba ni el frío ni la lluvia, ni lo que veíamos. Otros como yo llegaban a llorar, yo me mantenía aferrado al fusil. Sabía que tenía que cumplir, no por ellos, sino por mí. Con lo del cuento era igual. Tenía que avanzar y cumplir.

Leí las obras que encontré sobre el tema, algunas sólo las alcancé a mirar por encima porque eran muy extensas, y también vi algunas series y películas. Básicamente se repetía el mismo modelo. Un sujeto que pasaba por alguna parte: un túnel, un bosque, una pieza oscura, un mal sueño y aparecía sin explicaciones décadas después o décadas antes y en ambos casos debía resolver problemas, desfacer entuertos y restablecer el orden o la paz. La variante estaba en que a veces en vez de atravesar un bosque o lo que fuera utilizaba una máquina especialmente diseñada o que involuntariamente provocaba el desplazamiento. Otra diferencia estaba en la ocupación del protagonista, y si viajaba al pasado o al presente. Entendí que debía escribir algo que rompiera con esa mecánica, que aunque funciona siempre, a la larga aburre porque es previsible.

El cuento que escribí no era muy largo y lo llamé desde un inicio «El deseo de Yu Yeong Ju», porque había quedado muy impresionado con unas series coreanas sobre el tema. Consideré que mi cuento era bastante simple y efectivo. Una chica descendiente de coreanos que vive en el barrio Patronato es raptada por una banda de maleantes, quienes la confundieron en la calle con otra joven. Ella volvía desde sus clases de cartografía hacia la casa de su abuela. Los sujetos la llevan a una cabaña en un bosque cordillerano y se comunican con la familia de quien creen haber raptado y exigen un rescate. Quienes reciben el llamado piensan que es una pitzanza porque su hija está con ellos. No se les ocurre pensar que se trata de una confusión. Mientras la joven en la cabaña despierta y encuentra bajo la cama un mapa dibujado en las tablas del suelo. Gracias a sus conocimientos cartográficos logra darse cuenta de lo que se trata. Ella espera la noche y se fuga, siguiendo las indicaciones del mapa. En ese punto no puede evitar ni la noche oscura ni el bosque misterioso, es así como ella agotada se duerme protegida por los árboles, pero ya lejos de sus captores. Cuando despierta está amaneciendo. Ella descubre los boldos, los peumos, el rocío de la mañana y avanza por el desconocido paisaje. De pronto escucha ruidos de personas, niños corriendo,

voces que dan órdenes y entiende que definitivamente ha perdido a sus secuestradores, pero lo que no sabe ella es que ha caído del sartén a las brasas, porque ha llegado a fines de la década de los setenta a la misma zona donde se sitúa la cabaña, un lugar donde existía una pequeña central nuclear que experimentaba con niños bajo total secreto. El cuento después continuaba cómo ella se daba cuenta de su viaje en el tiempo, cómo lograba escapar con una pareja de niños, y finalmente, cómo llegaba a la misma cabaña de la que se había escapado. Entraban a la cabaña y ella dibujaba el mapa en el suelo, el mismo mapa que ella vería décadas más tarde. Ahí terminaba el cuento.

Me pareció que el cuento a ratos era borgeano, tenía por momentos aires kafkianos, algunos destellos cortazarreanos y concluía con guiños bolañísticos. Eso me lo decía a mí mismo, porque no hablé con nadie al respecto. La gente que me rodea no sabe ni le gusta la literatura.

Envié el cuento al concurso y lo firmé con un seudónimo de mujer, pensé que así tendría mayores opciones. Además me puse un apellido extranjero porque siempre quedan sonando y otro mapuche porque también en estos tiempos da cierta categoría. Necesitaba llamar la atención del jurado. Me autodenominé Millaray Deblanche Melinao. Me recordó a las heroínas de Manuel Puig. Solo debía esperar tres meses para conocer el veredicto. Al comienzo estaba muy expectante y si hubiese tenido un calendario hubiese ido marcando los días que iban pasando y me acercaban al inexorable fin de la espera. A veces pensaba en lo que iba a hacer con el dinero o también las entrevistas que iba a dar y seguramente después vendrían novelas que se publicarían y yo recordaría el cuento con romanticismo y modestia como hacen los verdaderos escritores y hablaría de mis primeros escritos que hice después de haber cumplido con el Servicio Militar y como aquella experiencia gatilló mi obra fecunda, aunque desconocida a la fecha.

Cuando llevaba dos semanas de espera se vino el famoso estallido social y lo que pintaba para comedia terminó en tragedia. Mis deudas aumentaron, mis escasas ganancias descendieron, la situación se puso color de hormiga para un simple chofer y me olvidé del cuento, del concurso y de los viajes en el tiempo.

Entre medio de esos meses fui a algunas marchas, vendí poleras, chapitas conmemorativas y mi bolsillo se compuso un poco, aunque nunca dejé de hacer de Uber en mi auto. Por esos días, en medio del gentío que gritaba y agitaba banderas, me encontré con Carlos Segundo Pérez con quien coincidimos en el Servicio Militar aquel lejano año setenta y nueve. Estuvimos juntos destinados a hacer la guardia en el Centro de Estudios Nucleares de La Reina. Ambos veníamos del Regimiento Buin. Pasamos dos meses en ese lugar. Vimos más cosas de las que debíamos y de las que nunca conversamos. Carlos Segundo se veía flaco y cansado. Nos fuimos a comer unos completos y a tomar unas cervezas en El Cantábrico. Hablamos de lo que habíamos hechos en tantos años sin vernos, recordamos a los amigos que nunca más vimos, me habló de la muerte de algunos de ellos producto de enfermedades raras. No le dije nada de mis aficiones literarias, la gente no lo entiende. Antes de despedirnos la mencionó.

—¿Te acuerdas de la china? ¿Qué habrá sucedido con ella? Fue extraño lo que pasó. Nunca me he olvidado de su rostro lleno de confusión.

—¿Cuál china? —le pregunté, pero yo sabía de lo que hablaba. No volvió a preguntar. Era mejor así.

Nos despedimos con un abrazo. Lo vi alejarse caminando por la calle Portugal hacia el sur. Recuerdo que después escribí algunos cuentos que nada tenían que ver con «El deseo de Yun Yeong Ju». TN

Juan Ignacio Colil

Profesor de historia. Publicó el año 2003 el libro de cuentos *8cho Relatos* (Edebé) y obtuvo el Premio Alerce, mención cuento, que otorga la Sociedad de Escritores de Chile. El año 2004, este libro alcanzó en Santiago el Premio Municipal de Literatura. Fue Primer Premio del Concurso de Cuentos Biblioteca Viva 2008 y finalista del Concurso de Cuentos 2009 de la revista Paula.

En 2010, publicó el libro de cuentos *Al compás de la rueda* (Das Kapital Ediciones). El 2012, *Bajo el canelo* (novela infantil, MN ediciones). El año 2013, obtuvo la beca de creación que otorga el Consejo del Libro. El 2014, publicó la novela *Tsunami* (Das Kapital Ediciones), la cual el 2015 fue finalista del Concurso Municipal de Literatura; además, publicó la novela infantil *Zumbidos y estrellas* (Das Kapital Ediciones). El 2016, fue incluido en la antología de cuentos negros latinoamericanos *El crimen tiene quien le escriba* (LOM ediciones), y además obtuvo el Premio de Novela Negra en el Festival Córdoba Mata (Argentina) con la novela *Los muertos siempre pueden esperar* y el Premio de Novela Negra Cosecha Roja (Valencia, España) con la novela *Un abismo sin música ni luz*. Un cuento suyo está incluido en la compilación *Santiago Canalla* (Espora Ediciones 2019).



«Aniquilar con la pregunta»
El reparto del olvido

Por Julia Guzmán Watine



La novela *El reparto del olvido* de Juan Ignacio Colil comienza cuando *Ciro*, un investigador privado que pasea a perros en tiempos difíciles, se encuentra con una nota de *Darío Ponce*. El detective acude al llamado de su supuesto cliente, intuyendo que esta pesquisa es mejor no realizarla; que esta investigación le corroborará que su apatía es la mejor manera de sobrevivir en esta realidad amnésica y derrotada. Mejor no involucrarse con este «locorecitapoemas» o este «mitomanoquealgooculta», mucho mejor fundirse en este Santiago inhóspito en ebullición estival.

Y aquí surge la primera pregunta, ¿por qué *Ponce* se vuelve un personaje tan atractivamente insondable? En la novela de Colil hay muchos personajes enigmáticos: *Fresia Briones*, *Dalia*, *Trevor*, pero ninguno —pienso yo— dibuja tan nítidamente —o en este caso tan difusamente— este halo de duda o suspicacia. Este personaje logra en una buena parte de la narración descolocar y también invita a considerar si conviene o no seguirle el juego entre tantas omisiones o mentiras iniciales.

Darío es la punta del *iceberg*, porque es el que invita a ser investigado, descubierto y, al mismo tiempo, es el elemento que se convierte en una incomodidad, en un espejo y motor de búsqueda de verdades que todavía penan en Chile.

Entonces, una vez que se escabulle la bruma en torno a *Darío*, los personajes que se han involucrado con él experimentan una frustración tremenda y también irreversible. De no existir hasta aparecer; desde mostrarse y confesar hasta desaparecer han pasado días, meses, siglos y toda una aplandadora que merma la fuerza de sus nuevos amigos y los desquicia. Este ser quitadito de bulla y ensimismado se convierte en un catalizador que aniquila los equilibrios precarios de *Dalia* y *Ciro*; destruye el olvido cómodo y ensimismado de personajes indefensos ante una abrumadora realidad.

Las esperanzas, las ilusiones quedaron hace tiempo enterradas; las certezas, con esta novela, también se vuelven ambiguas. El método investigativo muestra que se ha esbozado un canal hacia lo insólito y hacia una manera nueva de saber, indagar; pero *Ciro* no se entera y este pasadizo colgante hacia lo inusitado solo lo sospecha el lector. Entonces, surgen más interrogantes que sugieren una comunicación con lo fantástico.

De esta forma, el detective *Ciro* y el lector van articulando preguntas: unas son respondidas, otras, parcialmente; y unas cuantas quedan flotando en su formulación difusa, inasible. Sin embargo, en su falta de delimitación y, por lo tanto de respuesta, dibujan un mensaje donde las realidades se presentan incompletas, torpes, corruptas, frustrantes. Las preguntas se convierten en un mensaje cifrado a través del desgano y el desencanto.

Quizás esta es una manera de plantear una mirada cruda donde las omisiones reflejan fracasos y olvidos. Como si estas respuestas elididas significaran la imposibilidad de fijar lo impracticable; expresaran la negación de consolidar como verdad la interpretación de un ser ficticio. Como si se requiriera de un detective-lector que fuera arrancando las cáscaras de certezas para reencontrarse con el devenir ciego de ese pasado doloroso enterrado bajo siete capas.

TN

Tuvieron que pasar muchos años para entender por fin las imágenes que me asaltaban a la cabeza, imágenes que eran como pájaros macilentos, hogueras crepitantes, aves de rapiña que buscaban arrancarme los ojos. Al cumplir dieciocho años supe que fui adoptado. Primera fractura. La noticia me la dio mi padre, a quien durante toda mi vida lo creí como mi padre biológico. Mi imaginario padre era oficial de Carabineros, que de no haber sido por el violento derrotero que tomó este país, jamás me habría avergonzado su condición de uniformado. Pero mi infancia estuvo plagada de malos tratos, palabras que venían de otros pendejos de mi edad que me hueviaban cada vez que podían porque mi papá era «paco», un «paco culiao», un «cafique del Estado». Al comienzo me horrorizaba, y no entendía cómo mi padre se sentía orgulloso de su institución, hablándome de sus lemas y compromisos con la comunidad, cuando a diario oía que mi papá, y todos los que eran como él, les pagaban por torturar y sapear a otra gente. Yo me defendía diciendo que él era un buen carabinero, pero insistían en restregarme en la cara el mantra: carabinero bueno, carabinero muerto. Muchas veces, en esas noches heladas en las que mi falsa madre me llevaba queques, leche caliente y un guatero, habría deseado con toda mi alma haber muerto de guagua, o que al menos mi padre hubiese sido cualquier otra huevada, camionero, basurero, hasta guardia de supermercado, menos paco. Durante mi infancia nunca supe de buenas palabras ni de amistades por parte de mis pares. Los únicos amigos que tuve de niño fueron hijos de otros pacos, a los que veía en eventos de la institución o en paseos de fin de año, y poco más. Hacíamos lo que hacían todos los cabros chicos de nuestra edad, jugar a la pelota, jugar al «pacoladrón», agarrarnos a patadas y a revolcarnos en el barro emulando a nuestros astros de la lucha libre. Cuando mi falso papá me confesó lo de la adopción, sentí que en

efecto, mi vida había sido una estafa. ¿Cómo fue que me adoptaron? ¿Quiénes eran mis padres reales? Mi padre postizo me dijo que ganó mi tuición en tribunales. No tenía idea cuál era el paradero de mis reales progenitores. ¿Por qué chucha no me lo dijiste antes, viejo conchetu-madre? Le grité, y él, con su cara mediocre de paco, me dijo que me lo decía ahora porque tenía una enfermedad terminal. No quería irse con el remordimiento a la tumba. Ahí comenzó mi segunda fractura: deserté del colegio, me hice drogadicto, empecé a frecuentar otras amistades, de tipos que andaban cartereando a viejas y asaltando a pendejos. En suma, me hice choro, cogotero, lanza. Aprendí todos los trucos, todas las manos, y ya cuando mis viejos postizos se dieron cuenta por el caminito en el que andaba, tuve que emigrar y me fui a vivir a la pobla con mi polola, una rucia que me levanté en un carrete con la que nos hicimos inseparables. Mis cuñados eran unos huevones más choros que yo, unos narco-traficantes que habían pasado por el SENAME: robaban autos en portonazos, se agarraban a balazos con la cana, organizaban partuzas con maracas. Eran secos. Un día me llamó al celular mi vieja, y como siempre, no le contesté. Me llamó tres, cuatro, cinco, diez veces. A la decimoquinta vez le contesté y le pregunté que qué huevada quería. El viejo se está muriendo, me dijo entre sollozos. Partimos con la rucia, y ahí llegamos, lo tenían en el Sótero del Río en urgencias, amarrado en una cama blanca y custodiado por una enfermera que se encargaba de sondearle el pulso y darle sus medicamentos. Me dio pena mirar a mi padre postizo todo cagado; quizá de qué garras me sacó y yo le pagaba así, con indiferencia y asco. Estaba entubado por todas partes y tenía los ojos hinchados y la papada le caía como un pedazo de manteca flácida a un costado. Esa misma luz nítida que salía de los tubos y las máquinas me provocaron imágenes en la mente, imáge-

nes donde me veía en medio de un bosque, desnudo, llorando, abrazado a un árbol al lado de un gran fogón. Era un amanecer, la luz del sol atravesando las ramas que tiritaban, el viento aullando en una tierra que mis pies desnudos sentían ardientes. Ruidos de balazos y gritos. Le pedí a la rucia y a mi madre adoptiva que salieran, que necesitaba hablar a solas con el viejo, y luego de un rato me obedecieron, y no sé cómo, pero el viejo ya moribundo sacó fuerzas de flaqueza y me agarró de la solapa, y me dijo que él me había amado como un verdadero padre. Le hice la única pregunta que me importaba. Le pregunté por mis verdaderos taitas, pero se quedó en silencio. Entonces ahí, sobre su cabeza, vi a una figura rojiza, muy pequeña, del tamaño de un globo, que iba creciendo y creciendo hasta que le salieron unos cachos y se formó en su centro la cara del diablo. Entonces no me quedó más que obedecer la voz: desconecté el tubo de oxígeno por un minuto y luego lo volví a poner. El viejo pataleó y sus ojos se pusieron blancos, y el ruido de una alarma retumbó en la sala. Cuando salí del hospital con la rucia, sin siquiera despedirme de la vieja, ya sabía de antemano que nunca más los vería. Al día siguiente el viejo paró la chala. Pasaron los años. Probé todas las drogas sintéticas y naturales habidas y por haber. Las visiones aumentaron, como era lógico, porque tenía mi cabeza perturbada, los hemisferios del cerebro atravesados por cuchillos electricados que provocaban explosiones y visiones descomunales. A veces veía la cabeza del diablo flotando arriba de la rucia, y un día, sin poder aguantar más, obedecí a la voz: la agarré del cuello y la metí con ropa a la ducha y le saqué la cresta, porque la voz no paraba de gritar y de reírse en mi cara. La rucia quedó tirada y llorando. Mis cuñados me agarraron esa misma tarde y de no ser por la intervención de la rucia, me habrían matado. Con el cuerpo hecho pedazos, me arrastré como pude hasta la ribera del río, seco y rancio y lleno de moscas, y emputecido con la vida, con la gente, conmigo mismo. Me di cuenta que estaba amarrado al infierno y que ya más abajo en la escala de la degradación no podía estar. Me fui de Santiago escupiendo al suelo y puteándolos a todos. Viví como un mendigo, con harapos, en un balneario popular de la zona central. Los pescadores, a cambio de trabajo esporádico, me ofrecieron refugio y abrigo. Pensaban que era estudiante y que me había vuelto loco, porque tenía buenas expresiones y modales, decían. Yo me reía para mis adentros. Las visiones del bosque y de una gran hoguera se repetían, pero esta vez aparecían sólo cuando soñaba; eran pesadillas recurrentes. Una noche, mientras preparaba un caldo con cabezas de pescado a un costado

de la caleta, cerca de un astillero donde guardaban las naves y las redes, uno de los pescadores me advirtió que alguien preguntaba mí. Un hombre. Estaba cansado de todo. Me puse un cuchillo largo y afilado en mi bolsillo, que oculté con mi chaqueta descosida, y salí a dar cara. El que me esperaba, detrás de un bote abandonado, era un hombre viejo. Era pelado, le brillaba la calva por las luces que se asomaban por sobre el malecón, donde la ciudad dormía y el ruido del mar la apagaba con su aullido. ¿Un tira que venía a capturarme por la muerte de mi viejo? ¿Un asesino a sueldo contratado por mis ex cuñados? ¿Cuál era la afrenta que tenía que pagar? Una vez más, me volví a equivocar. Presenciaba la herida expuesta de mi tercera y última fractura. Me preguntó mi nombre y luego habló. Habló mucho. Cuando el hombre se fue, caí de rodillas, llorando por mi estupidez, por mi soberbia, por el horror de saber quiénes habían sido mis verdaderos padres. 23 de noviembre de 2012, dos días después de mi nacimiento, mi padre, líder de una secta, junto a sus seguidores, prendieron una hoguera. Ahí habría de quemarme vivo para limpiar a la humanidad, ahí habría de morir quemado porque yo era el Anticristo, ahí debería haber muerto con un puñal que atravesaría mi corazón, ahí, entre medio de esa noche de primavera con un cielo abierto, un bebé de dos días, asesinado, muriendo en un ritual, con el rugido del viento y la luz de las estrellas escupiendo su fulgor. Mi padre adoptivo, junto a un grupo de carabinieri, ingresaron al lugar de la escena en el último minuto. Tres de los seguidores de la secta arrancaron semidesnudos y se internaron entre medio de higueras y parrones, en medio de una maleza espinosa que les carcomieron brazos y piernas. Mi madre fue reducida y arrestada: posteriormente se suicidó en un manicomio. Mi padre, mi padre Ramón, que me tenía entre sus brazos desnudo, sin



saber si arrojarme a las llamas del fuego o correr, fue abtido de un certero disparo en la cabeza gracias a la acción de un efectivo del GORE. Ahí estaba el recorte del periódico, un papel añoso que mostraba el rostro barbado y demencial de aquél que juraba que salvaría a la humanidad del fin del mundo matándome. A un costado, en un recuadro, detalles del operativo policial, donde mi padre, el capitán de Carabineros Iván Fuentes, lideró al equipo que salvó en un último minuto al niño que después adoptaría. Miré al cielo; intensas nubazones cruzaban a la áspera luna, descubriendo apenas un par de estrellas. Y como si un ojo diabólico me mirase desde muy alto, como una estrella, musité en silencio la horrible identidad del monstruo que me engendró: Antares... Antares de la luz.

TN



Pablo Rumel Espinoza

Periodista y escritor (Santiago de Chile, 1983). Ha publicado novelas policiales con elementos de fantasía y ciencia-ficción, *El Secuestro de Robles Martínez*, *Secuencia Chobart* y *Atentado Celestial*. El 2016 incursionó con la ciencia-ficción publicando la novela *Hamellion* y ha sido partícipe en diversas antologías de horror y misterio. El 2007 fue distinguido con una mención en novela con el Premio Roberto Bolaño y en 2012 obtuvo un *accésit* con el concurso de cuento organizado por la PDI *En la escena del crimen*. Prepara una nueva novela policial *El juego de las bestias*, un ensayo sobre escritores de la Europa Central, y una antología internacional sobre cuentos de vampiros.

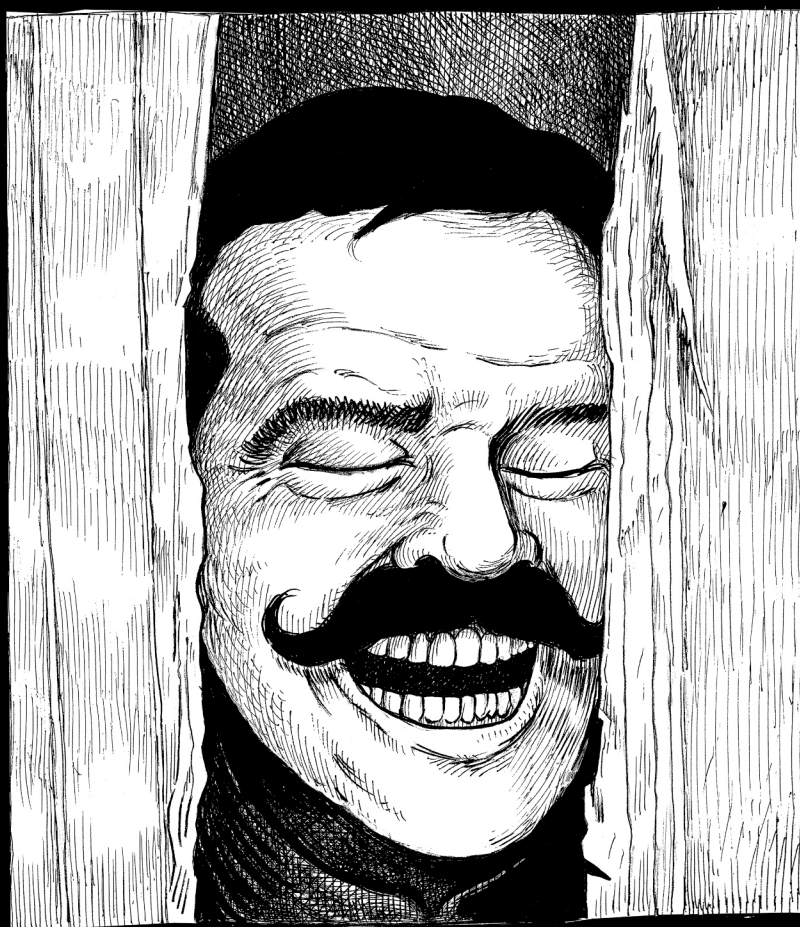


LIBROS EN PDF PARA DESCARGAR

¡Llévatelos desde \$ 1.000.- por el precio que tú quieras!

CUANDO EL TERROR ES UN JUEGO DE NIÑOS

LA FAMILIA M



EDICIONES POZO DE ARENA PRESENTA

LA FAMILIA M / GUIÓN Y DIBUJOS LUIS PEÑA ALVAREZ

PRONTO EN LIBRERIAS

«En el hermoso arte del caos»

Atentado Celestial

Por Biblioteca de Chileña



Los caminos de Fernando Bruna y Alonso Luna se cruzan en los quince minutos más intensos que ambos podrían llegar a vivir en la novela de Pablo Rumel. El primero, un experimentado y respetado policía de la Brigada de Homicidios Violentos, descubre que en torno al asesinato de Armando Santiago se gesta un atentado terrorista. Con la ayuda de Gonzalo y Martín, dos jóvenes oficiales, encuentran el lugar exacto donde se llevará a cabo: el café de Lucas. Desconociendo esos antecedentes, Alonso Luna da una entrevista sobre su carrera como cineasta a los sujetos más extraños que haya visto, cuestionando desde su carrera profesional hasta su propia existencia. Ambos están en el epicentro del hermoso arte del caos.

TN



www.elclub.cl

IR AL WEB



Tres minutos treinta

Yuri Soria-Galvarro

«Soy del color de tu porvenir me dijo el hombre del traje gris
No eres mi tipo le contesté y aquella tarde aprendí a correr»

Joaquín Sabina

La potencia del sonido haría que una gallina pusiese dos veces el mismo huevo, pero el hombre del traje gris permanece tranquilo, con la mirada extraviada y melancólica. La guitarra eléctrica arremete con una simple y efectiva melodía de timbre londinense; el bajo arpeggia una figura con el sonido soterrado y estomacal de la amplificación a tubos, y la batería lleva un patrón macizo como si las baquetas fueran de plomo, con el tiempo de un reloj de piedra. Sin previo aviso aparece la guitarra electroacústica a cargo del vocalista con una afinación traspuesta de colores étnicos. La entrada de la voz áspera y gutural evoca paisajes idílicos, asesinatos en serie o simples amores malogrados. El hombre del traje gris ahora acompaña a los músicos con un movimiento acompasado del pie y balanceando la cabeza; ostenta la serenidad que se experimenta al conducir un coche: el codo apoyado en la ventanilla abierta, aire cálido en la cara, la radio a todo volumen y el velocímetro indicando los 190 kilómetros por hora.

Ahora las guitarras y el bajo ejecutan una nueva progresión de acordes más caótica, profusa en tensión y cromatismo. La batería pasea entre los toms, el timbal, los platillos y desemboca en la caja con un nuevo patrón totalmente diferente al anterior pero que al calzar en los mismos tiempos produce la necesaria sensación de continuidad que el espectador exige sin saberlo. La doble pedalera sobre el bombo da la impresión de que el baterista tiene cuatro piernas y la voz es un ulular pegajoso. Todo se repite cuatro veces y cada acorde dura poco, produciendo movimiento continuo como cayendo en un pozo, hasta que la guitarra eléctrica empieza a puntear la melodía original, ajustándose no solo muy bien dentro del centro tonal, sino que su efecto de frenado y amortiguación ofrece una digna salida a esta parte de la canción. Con un pase

de la voz y la guitarra ya están repitiendo toda la figura original (descontando obviamente la introducción); la segunda parte es igual a la primera, solo cambia la letra. Esto acrecienta la confianza del hombre del traje gris que agasaja a los intérpretes con una amplia sonrisa. Entonces los músicos utilizan un truco sucio: suben el volumen a sus instrumentos. Primero el bajista con una sonrisa de sátiro que muestra sus presas a las chicas en la salida de la escuela aumenta la potencia de su amplificador al máximo, luego los guitarristas, como si se tratase de un tren ya en marcha que los deja, se suben al vagón de la potencia. El baterista ante la imposibilidad de subir control alguno le pega más fuerte a su batería que suena como las patadas de un caballo salvaje encerrado. El hombre del traje gris salta y baila desenfadado tocando una guitarra invisible.

La secuencia final de la segunda parte desemboca en el solo de guitarra. El solo es afilado y potente, evoluciona desde notas agudas hasta las más graves, se pasea diastólicamente por melodías y tiempos, no sigue ninguna regla métrica o melódica, son como frases que se preguntan y contestan vertiginosas jugando como duendes sobre el diapasón; los demás instrumentos mantienen la progresión de acordes, la conexión con la realidad, la estabilidad de la cual la guitarra se burla con sus notas impetuosas. El final de la canción se presiente, la potencia aumenta aún más; las guitarras emiten escalas pentatónicas, mayores, menores, mixolidias, el baterista es un pulpo y el vocalista grita como si lo estuvieran cortando con una motosierra dentro de una tina llena de jugo de limón. De pronto todo acaba en un acople que sube el éxtasis y el volumen, y los instrumentos emiten un sonido de guillotina: al unísono.

El hombre del traje gris aplaude y grita, los músicos no escuchan, continúan en trance, jadeantes, con un pitido en los oídos y una risa de orates.

—¡Maravilloso, lo mejor que se ha escuchado en años, van a llegar muy lejos, serán el mejor grupo rock del país, les esperan solo éxitos, giras, mujeres! ¡Bárbaro como tocan!, tienen buenos instrumentos y equipos, ¿eh?, están armaditos. Y además hacen música propia, fenomenal che, increíble. ¿Cuánto llevan tocando?

—Como tres años.

—Está será su presentación en sociedad entonces. Voy a contratar la mejor amplificación. Después de que toquen tendremos que negociar un contrato por todos los fines de semana y la producción del disco. Este último tema se llamaba «De regreso al planeta tierra», ¿no? ¿Cuánto dura? Es poderoso.

—Tres minutos treinta.

—Perfecto, es la duración ideal de un tema musical, hasta en eso están exactos. Me tengo que ir, los llamo mañana cabros, no se preocupen por sus instrumentos, yo mismo los vengo a buscar el viernes o mando a alguien en la camioneta. Un abrazo para todos, gracias por la cerveza, no escuchaba música así desde los setenta.

Los músicos mantienen cierta compostura hasta que el hombre del traje gris se va, cuando ya ha cruzado la puerta aplauden y se abrazan. Hoy celebrarán toda la noche y se embriagarán. Ninguno de ellos creería que la discusión que se iniciará en la madrugada terminará en una ácida disputa y los envolverá a los cuatro en una pelea irreconciliable, que al día siguiente cada uno se llevará sus instrumentos desde el garaje y que no volverán a tocar juntos nunca más.

TN



Yuri Soria-Galvarro

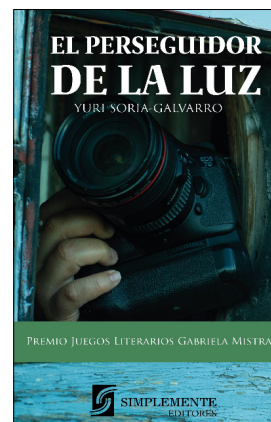
Biólogo marino, buzo profesional, fotógrafo, músico y escritor (1968). Nació en Cochabamba, Bolivia y vive en Puerto Montt, Chile. Ha publicado los libros de relatos: *La frontera* (El kultrún, 2001), *Crónicas de viaje* (2002), *Mar Interior* (El kultrún en Chile, Plural en Bolivia y Ficticia en México, 2006) y *Cuentos del Pacífico Sur* (Yaganes, España, 2015; Ficticia, México, 2015; Das Kapital, Chile, 2015; Nuevo Milenio, Bolivia, 2015), y la novela *El perseguidor de la luz* (Ficticia, México, 2019; Simplemente Editores, Chile, 2020). El año 2010 ganó el Concurso Literario Fernando Santiván con el libro *Sur en Poesía*. En 2015 y 2020 fue beneficiario de la Beca de Creación Literaria del Ministerio de Cultura por *Cuentos del Pacífico Sur* y la novela *El tiempo de silencio*. El 2017 ganó el Premio Municipal Juegos Literarios Gabriela Mistral con la novela *El perseguidor de la luz*.



«Redención desde la marginalidad»

El perseguidor de la luz

Por Redacción «El ajitador»



Tres años han pasado desde que *El perseguidor de la luz* recibió el Premio Municipal de Literatura Juegos Literarios Gabriela Mistral en la categoría de Novela. Este premio es uno de los más importantes en Chile y ha sido entregado a destacados autores. En esta novela Soria-Galvarro nos relata la historia de Orlando, un fotógrafo que a fines de la dictadura se va de Chile para vivir lejos de los recuerdos y de una transición política que reflota dolores y traición. Publicada por primera vez en México por la editorial Ficticia el año pasado, hoy llega a los lectores chilenos de la mano de Simplemente Editores.

Con cinco libros y varios de sus cuentos publicados en antologías chilenas y extranjeras Yuri Soria-Galvarro nos ofrece en esta, su primera novela, un relato reposado que sucede en América, África y Europa. *El perseguidor de la luz* contiene la frescura y soberanía del texto iniciático, pero también la madurez de un escritor con trayectoria y experiencia. Esta es la historia de Osvaldo, un fotógrafo que franquea los últimos años de la dictadura en Chile, la felonía de la transición y el éxodo. ¿Nuestro pasado será nuestro presente? El personaje de esta novela intenta responder esta interrogante viajando, quizás huyendo de sí mismo, interpellando a las varias vidas que tiene una vida, capturando la realidad en instantes fotográficos que muestran la lucha y el exilio, la orfandad, el paisaje, la oscuridad y el mar, presente en la toda novela como una inmensa metáfora a resolver.

Las historias que se entrelazan en *El perseguidor de la luz* nos hablan de lo terrible que son ciertas decisiones y su posible conciliación. Renuevan la vigencia de combatir contra lo injusto y valúan el amor y la amistad como lo único que prevalece más allá de la muerte.

La construcción de la memoria es finalmente eso: una búsqueda constante de la identidad. Si bien somos lo que hemos sido, lo que hemos hecho, tal aventura deviene en darle un sentido de luz a la existencia.

TN

POZO DE ARENA

PRONTO EN LIBRERÍAS

IR AL WEB

La Familia M
Un hogar para Lía Cautiva

EDICIONES POZO DE ARENA

Fifí y la trufa chilena

Orson Welles

Hubo una vez una trufa que casi desencadena una guerra mundial. No me refiero a una «fruslería»... sino a una trufa. Esas cosas negras que meten en los hígados de los gansos, conocidas como *Tuber Melasporum*. Para encontrarlas, los cerdos cavan en la tierra, aunque casi nunca llegan a comerlas. Si uno tiene la suerte de toparse con un cerdo hurgando debajo de un roble en la provincia francesa de Perigord, es probable que vaya escoltado de cerca por un granjero vigilante, con sus bolsillos llenos de maíz. El cerdo consigue el maíz, y lo que el granjero consigue por la trufa es una bonita moneda (un *joli sou*).

El llamado Shakespeare de los chef, Brillat-Savarin, se refería a la trufa como «el diamante negro de la cocina»... y las pequeñas raíces cuestan lo que corresponde.

Durante los meses de otoño, los lechones más entusiastas del norte de Italia desentierran una succulenta trufa «blanca»... en realidad una hermosa pieza color gris nublado. Estas trufas son envueltas en delgados pliegos de papel de seda, para luego ser colocadas en los blandos *risottos* de Milán. Pero afortunadamente tales soberbias rarezas son estacionales, y viajan poco... por esa razón mi relato tiene sentido.

Ocurrió en París y el héroe trágico fue un Ministro del gabinete francés.

El villano fue una trufa. Esta trufa no era ni blanca ni negra.

—Pretende ser gris —dijo Henri, el chef del Ministro—. Pero es un hecho que muestra el verde más abominable.

La trufa era, más encima, enorme. Del tamaño de un melón y venía de Chile, donde el padre de la esposa del Ministro había estado alguna vez *en poste*. Los recuerdos de niñez de esta dama respecto de las trufas chilenas eran tan glamorosos, que ella había movido sus palancas; de modo que el notable ejemplar, ahora bajo los ojos sospe-

chosos del chef, había volado desde Santiago a París en la valija diplomática.

Su Excelencia el Ministro la había confundido al principio con un exótico espécimen alienígena, en tanto que el Primer Subsecretario, dotado de un nítido olfato para el melodrama, tomó la precaución de sumergir la trufa en una palangana de agua, bajo la sospecha de que se trataba de una bomba.

Madame, la esposa del Ministro, no perdió tiempo en poner a cada cual en su lugar. Como todos ellos sabían bien, una cena oficial de la mayor importancia sería ofrecida esa misma noche.

—Estamos en el mes de julio —señaló—. Las trufas blancas de Italia no hay modo de conseguirlas, y la gente come trufas negras todos los días.

Esto último, por supuesto, no era estrictamente cierto; pero su esposo se contentó con advertir que quizá sus honorables invitados, dignatarios de la Rusia Soviética en visita breve a París, no estarían hartos hasta el punto del aburrimiento con las trufas francesas.

—La trufa de Chile —dijo *Madame* en tono definitivo—, es una grata novedad. Informen al chef que la emplee con el lenguado—. Y con esto ella deja nuestro relato, ya que la cena era un evento sólo para hombres.

—No sería prudente —dijo el Ministro, con típica debilidad—, hacer caso omiso de los deseos de mi esposa. Y por otro lado, los rusos no van a notar la diferencia.

Pero el chef, un hombre de temperamento vivo, no se había aplacado.

—¡Piensen en la responsabilidad! —gritó, sosteniendo la blanduzca trufa con el brazo estirado—. ¡Dieciséis dignatarios de alto rango de la Unión Soviética! ¿Supongan que mueren?

—Vamos, vamos, Henri. No haga un drama de esto.

—¿Drama? —se empeñó Henri, agitando los brazos,

colocando antes con cautela la trufa en el suelo—. ¿Drama? ¡Déjeme asegurarle a Su Excelencia que incluir a esa excrescencia vegetal en una salsa para el pescado, y alimentar con ello a un grupo de hombres educados en los métodos más directos de acción política, no es hacer drama, sino incitar a la tragedia!

—Él está pensando —dijo el Primer Subsecretario en tono bajo y discreto—, en las represalias.

—Ahora bien, Henri, no olvide que el Ministro lo respalda.

—Su Excelencia olvida a quien debo mi principal lealtad.

—Naturalmente. A su orgullo profesional...

—Absolutamente, no. Me refiero a mi posición como miembro del Partido Comunista. Había escapado de la mente del Ministro del gabinete que su chef era comunista.

—Eso lo hace embarazoso, ¿no es así?

—Ya soy sospechoso de desviacionismo —dijo Henri—. Imagine mi destino si pasa algo, aunque sea un desorden gástrico menor...

—Henri, mi esposa garantiza esas trufas.

—Ella es una mujer decidida, Su Excelencia.

—Ahora, si alguno de ustedes —dijo el Ministro—, se atreviera a actuar como conejillo de indias...

Siguió un silencio molesto, perturbado sólo por los resoplidos asmáticos de Fifi, una vieja perra pekinesa.

—Todo se reduce a esto —resumió el Ministro, observando sombríamente por la ventana—, tenemos que elegir entre envenenar a la delegación soviética completa o desafiar los deseos explícitos de mi esposa. Ambos casos son impensables. ¡Fifi! ¡Vuelve acá con eso!

La pekinesa había agarrado la trufa y la estaba sacudiendo indolentemente por el piso de parquet. El Primer Subsecretario saltó hacia delante mientras Fifi hundía sus dientes en la verde carne vegetal; pero de pronto el Primer Subsecretario se detuvo. La perra estaba masticando, con evidente satisfacción, una generosa porción de la delicia chilena. Y una mirada terrible había aparecido en los ojos del Ministro.

—Que siga —dijo, hablando en los tonos que normalmente reservaba para los funerales de gran pompa—, esta bestia avejentada y enferma debería haber sido descartada hace tiempo. Denle otro trozo de trufa. Si sobrevive hasta la cena, estamos libres para proceder con el menú tal como ha sido planeado por mi esposa. Pero si Fifi muere... será por una buena causa: la seguridad de la República Francesa.

A la hora de la cena todos respiraban con más tranquilidad. Fifi era quizá la única excepción. No es que la trufa no hubiera congeniado con ella, al contrario; sino

que en las horas de la tarde el asma de Fifi era siempre un poco problemática. El Ministro la dejó salir a rasguñar por el jardín y retornó con un corazón liviano a recibir a sus invitados.

Una escasa hora más tarde, el camarada Vicecomisario de las Pesquerías Soviéticas ya se hallaba de pie proponiendo un brindis por la paz. Henri había transformado la odiada trufa en uno de sus triunfos más refinados, desmenuzándola con chalotes y hongos en una salsa al vino blanco, espesada con mantequilla y yemas de huevos.

Como un solo hombre, los rusos habían limpiado sus platos con pan y pedido más, y ahora, por sobre la segunda copa de un excelente champagne, el Ministro se congratulaba a sí mismo por su éxito diplomático, cuando el Primer Subsecretario deslizó una nota escrita bajo su mano. El mensaje decía simplemente: «FIFI HA MUERTO».

El Ministro murmuró una excusa y se apresuró hacia la cocina.

—¡Llamen una ambulancia! —gritó—. ¡Si los rusos mueren aquí en el Ministerio, caerá el gobierno!

Su mano se congeló en el teléfono. Una ambulancia sería escasamente adecuada: había dieciséis miembros en la delegación. La visión de dieciséis ambulancias, cada una llevando un diplomático soviético, ululando y repicando por el *Quai d'Orsay* fue rápidamente reemplazada por el cuadro mental de dieciséis distinguidos cadáveres en dieciséis ataúdes surgiendo interminablemente de los *Champs Elysées*, en lo que sería seguramente el más concurrido funeral en la historia. Cada comunista de Europa marcharía en la procesión; habría una huelga general, y entonces...

Podía escucharse en el comedor a otro camarada Comisario proponiendo un nuevo brindis. «Os concedo —decía—, la Revolución Francesa».

«Eso —pensó el Ministro—, es precisamente lo que vamos a conseguir. Con dieciséis honorables invitados muertos a sangre fría en una cena oficial, la revolución es apenas el comienzo... ¡Esto es la guerra!».

El postre se hallaba a punto de ser servido cuando un médico de confianza, bajo estricto juramento de guardar el secreto, fue introducido a escondidas en el Ministerio para trabajar con Henri en la cocina. Al parecer existen apenas dos antídotos efectivos para el envenenamiento con trufa, y se concluyó que ninguno de los dos era lo suficientemente insípido como para meterlo dentro del postre, una «bomba sorpresa». Obviamente los antídotos debían ser administrados subrepticamente y si la paz mundial había de ser preservada, sólo podía ser con el café.

—Café turco —recomendó el Primer Subsecretario—. Mejor café diablo... rociado con algún licor fuerte. Henri debe disponer eso.

El chef, consciente de su propia responsabilidad como buen comunista, se puso a la tarea vigorosamente.

—Póngale un poco de tabasco —sugirió el Ministro—, o una pizca de curry en polvo.

—Su Excelencia —dijo Henri, colocando una cucharada de licor en su preparado—, en el período de la Ocupación estuve implicado en un paté hecho con unos gatitos. Uno tiene sus propios recursos, pero por ahora están agotados: el olor a remedio persiste en el café. Consigan mejor una cánula para lavados estomacales y un sacerdote... ¡Conozco mis limitaciones! —y aquí el buen hombre estalló en lágrimas de desesperación.

En ese negro instante, hizo su aparición el Tercer Subsecretario. No sabía nada del contratiempo diplomático en curso, ya que su rango no era suficiente como para ser invitado al banquete.

—He hablado con *Madame* por teléfono —dijo—. Estaba muy afectada por las noticias acerca de Fifi...

El Ministro lo interrumpió con un gesto impaciente.

—Estamos todos afectados —dijo—. Más aún, hemos resentido intensamente la pérdida.

—*Madame* me ha pedido que le solicite a usted despedir al ayudante del jardinero.

—Este no es el momento para trivialidades domésticas, por Dios, hombre, estamos a punto de...

—Pero fue el jardinero quien dejó la verja abierta, y usted sabe que Fifi siempre partía corriendo tras los automóviles...

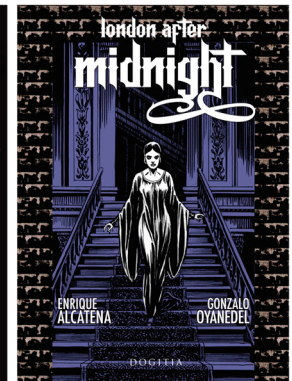
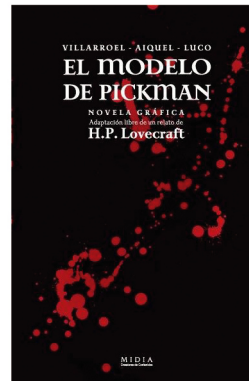
El Ministro agarró al Tercer Subsecretario por la solapa de su chaqueta, una solapa que pronto sería decorada por la cinta de la Legión de Honor.

—¿Qué quiere decir...? —preguntó el Ministro.

—Pues sí, la pobre vieja criatura lo intentó demasiadas veces. Un gran camión de reparto. Muerte instantánea. Fue muy triste.

TN

(Traducción de Bartolomé Leal)



 ChileCómics.cl



La sangre y la muerte

A propósito de la obra de Rubem Fonseca

Por Gonzalo Hernández S.

La partida de Rubem Fonseca, el pasado 15 de abril, sin duda sorprendió a sus lectores en un momento particularmente oscuro de nuestra historia. Hay quienes lo recordarán como el autor de obras tan importantes, violentas y adictivas como las novelas *El Gran Arte*, *Agosto*, o *Vastas Emociones y Pensamientos Imperfectos*. Otros, como un observador implacable de la corrupción y descomposición moral de nuestras modernas sociedades, a las que retrató sin la menor piedad en sus numerosos cuentos, relatos y novelas. Fuera de toda discusión es que el escritor brasileño deja un legado enorme para la narrativa criminal latinoamericana.



ginas de una enciclopedia tan ambiciosa como la que soñaron Diderot y sus pares, pero que terminaría dejando un desagradable gusto a fraude; algo tan sospechosamente fatuo como un ensayo de Lyotard, pongamos por caso.

Pienso que ése era precisamente el efecto que Fonseca intentaba lograr, buscando, tal vez, advertirnos del profundo socavón que estaba por venirse en el

plano del conocimiento. Un objeto que pasa de ser lo máspreciado en la época de la Ilustración, motor de la revolución y el progreso humano, a un mero «bien de consumo» en el siglo pasado, un producto explotado eficazmente por la publicidad, los medios de comunicación y las universidades; pero aún faltaba el trágico acto final, ese punto de hartazgo que deriva en nuestros actuales tiempos de postverdad, donde la poca dignidad que le queda al viejo saber no resulta mucho mayor que la de las muchas prostitutas (o asesinos a sueldo) que pueblan la obra del brasileño.

Quizás sea por eso que su personaje Zakkai, de la magnífica *El Gran Arte*, es un enano erudito que gusta de llenar su discurso con innumerables citas de escritores, pensadores y filósofos, todas probablemente falsas. O lo que es peor: casi imposibles de comprobar, debido a su amplio volumen y flujo ininterrumpido. Eso en una novela publicada el año 1983, muchas décadas antes de que empezáramos a hablar de «contenidos virales», «contaminación informativa» o «fake news». ¿Mero azar? Intencionado o no, conviene agregar que el mentado Zakkai resulta ser la mente maestra de una vasta organización criminal, lo que también podría ser una pista significativa del destino de la cultura en nuestros tiempos.

Del Fondo de la Cultura Prostituta...

Como muchos escritores regionales que han abrazado este estilo, Fonseca se nutre de la forma clásica del *pulp* a partir de un atracón de lecturas diversas, cuyo arco es prácticamente inabarcable. Ahora bien, si nos guiamos por las palabras de su personaje Peter Winner, protagonista del extraordinario relato *Novela Negra* (y por lo demás, un perfecto impostor), el eje central de esta tradición es —y será siempre— el gran Edgar Allan Poe. Pero a partir de ahí, desde la obra del brasileño, nace un vórtice que amenaza con devorar las bases mismas de la cultura occidental, si es que algo así resulta concebible.

Es que la cantidad de referencias de todo tipo que abunda en su literatura (que van desde la tragedia griega hasta la cultura de masas tardía, en un cóctel que termina licuándose en la misma sopa de «saber chatarra» que define a nuestra época) podría fácilmente llenar miles de pá-

Un universo vasto e imperfecto

Al leer a Fonseca, es difícil no advertir la admiración que este autor sentía por los padres fundadores de la tradición *noir* norteamericana —léanse Hammett, Chandler, Cain, entre los principales—, pero su literatura no se limita en modo alguno a tributarlos, o a replicar sus técnicas en un escenario distinto. Además de la particular atmósfera de sus obras —donde las calles de Río respiran una violencia aún más soterrada y brutal que la mítica Los Ángeles de los años 40—, Fonseca se las arregla para configurar un universo propio que impregna a todos sus personajes de un apetito desenfrenado por el sexo y la riqueza monetaria, lo que es reflejo de una desazón existencial que los arrastra casi invariablemente a la insatisfacción, la locura y, en última instancia, el crimen.

De este modo, su ficción actúa como el espejo de una sociedad desencantada, nihilista en sus valores, y que además destila injusticia y corrupción desde sus múltiples costados. A pesar de ello, decir que el objetivo de su escritura es la mera denuncia sería limitarla a una función básica. En una de las pocas entrevistas que concedió en vida, Fonseca sostuvo que la misión del escritor es atreverse a expresar lo que la mayoría de la gente evita decir en voz alta. Al mismo tiempo, el que escribe debe estar en profunda discordancia con el mundo que le rodea. No creo que esto haya que entenderlo en el sentido de un inconformismo gratuito; más bien como una oposición vital que ha sido siempre la materia prima de la (buena) literatura, la que se atreve a cuestionar los preceptos y creencias de una época, con independencia de las costumbres de turno, y por lo mismo es capaz de sobrevivir a su tiempo.

Y si hay un elemento que está en el centro de su mira telescópica, éste es sin duda el dinero. Más incluso que el poder, o el crimen; una suerte de *Deus ex Machina* que circula a lo largo de su narrativa, y cuya oscura influencia trastorna y pervierte la naturaleza de todos quienes participan de sus ciclos de intercambio. Es decir, que nadie se salva del virus. De una parte, el millonario que está dispuesto a pagar lo que sea por comprar una ilusión de seguridad, en la obsesión de que nadie le arrebate lo que tiene. De la otra, el miserable —sin distinción de clase baja o media; para el caso es lo mismo— dispuesto a todo con tal de escalar socialmente: la traición, el robo, el asesinato, el infanticidio incluso, son medios válidos para escapar, también en forma de espejismo, de la pobreza material y espiritual que los rodea.

Para ilustrar esto último, tomemos dos ejemplos de su libro de relatos *El Agujero en la Pared*. En «Placebo», un

exitoso industrial se entera de que sufre una extraña y letal enfermedad, lo que lo lleva a agotar todos los medios para obtener una cura que lo salve y extienda su plazo de vida. Obsesionado con el tiempo (no ya para convertirlo en valor contable, sino para evitar que se escurra entre sus dedos), el protagonista se verá envuelto en un macabro rito de santería que involucra el tráfico de fetos frescos, recién salidos del aborto. Lo cual, desde luego, siempre se puede conseguir en el mercado, en la medida en que se disponga de poder adquisitivo para ello.

En «Artes y Oficios», en tanto, un nuevo rico ha logrado escapar de la carestía, consiguiendo cuanto desea: riquezas, lujos, una esposa respetable, proveniente de la «buena» sociedad, vehículos con choferes (en plural), y un amplio etcétera. Solo le falta algo: el respeto intelectual de sus pares. Puede comprar una biblioteca de muchos metros cuadrados, títulos profesionales en universidades de prestigio, pero nada de eso le basta. Necesita una prueba palpable que exhibir en su vitrina, algo que impresione; la oportunidad se presenta a través de un misterioso escritor fantasma que ofrece sus servicios a través de un apartado postal. De este modo, nuestro «héroe» se convierte en un escritor de prestigio, autor de una novela de renombre, entre otros giros que llevan a un desenlace tan inesperado como amoral.

Al final del camino, y más allá de todo el despliegue de crímenes y vanidades, se nos recuerda lo que ineludiblemente nos espera: la sangre, las secreciones, heces y fluidos que nos constituyen y hermanan a la hora del cierre. Así ocurre en el relato «Doscientos veinticinco gramos», del libro *Los Prisioneros*, donde un simpático forense practica la autopsia a una mujer joven, aún bella, frente a los ojos de su dolido amante, al tiempo que le va relatando con frialdad «eso que somos en el fondo». A título de sentencia, el legista advierte: «La vida de cualquier tipo de carne es la sangre. Está en las Escrituras».

A sus 94 años, la muerte alcanzó a Fonseca en una hora de innegable oscuridad para la humanidad. Más allá del contexto desatado por la actual pandemia, da la impresión de que nuestra especie ha entrado en una de esas espirales de demencia colectiva que de tanto en tanto se repiten en nuestra historia, lo que de alguna manera enfatiza y vuelve más vigente el legado literario del brasileño. En lo personal, me quedo con las palabras del escritor Helios Murialdo, uno de nuestros cultores criollos del género, quien expresó lo siguiente a pocos días de su partida: «De Rubem Fonseca celebro el hecho de haberlo tenido vivo por tantos años».

TN

COLECCIÓN LA OTRA OSCURIDAD



COMPRAR

La colección que la alianza editorial Espora/Rhinoceros presenta a los lectores aficionados al género policial y negro, tiene como norte ofrecer un conjunto de textos que, aparte de su brevedad y su concisión, honren una fructífera tradición. Se trata de aquella narración que siendo más larga y elaborada que un cuento, está despojada de los rellenos que a veces lastran las novelas de mayor envergadura.

La novela No. 1 de la serie es de Eduardo Soto Díaz y se titula *Teresa la Tigresa, Caperuza de la droga*. Dos detectives, jefe y subalterno y además emparentados, se enfrentan a la mafiosa más peligrosa, astuta y truculenta del barrio Matucana. Pero no solo con ellos debe lidiar esta guerrera con kilos demás, sino con una banda rival, la del «Almeja» Vial, con quien se disputan cargamentos de droga haciendo uso de variadas triquiñuelas; y hartas balas por supuesto.

La novela No. 2 de la serie es de Bartolomé Leal y se titula *Femicidios a la carta*. Es una abierta provocación a lo políticamente correcto. Presenta a un retornado que vuelve de su exilio con el coco bastante a mal traer, y que intenta con dificultades establecer una relación normal con las mujeres. Se deja llevar por sus fantasías y sus frustraciones, hasta que termina por perpetrar unos asesinatos en serie que tienen mucho de perversiones sexuales, aunque él vea allí expresiones artísticas.

La novela No. 3 de la serie es de Raúl Bustos Ruiz y se titula *El caso Coelemu*. En un pueblo campesino del lluvioso sur de Chile, el asesinato de un niño conmueve a la provincia y al país entero. La Policía de Investigaciones moviliza a su mejor gente para encontrar al o los asesinos, en condiciones difíciles y con información vaga. El clima no ayuda y otros casos impiden en cierto momento darle continuidad a la pesquisa.